

Algunas veces me pinta en el templo
 y cuando esas jiras de su mano dicen
 «Pajarito» que no tiene nada que le
 le manden, ni pero que de la que se
 se pagar dicho y en llamar no me sean
 a ninguno de esos nombres.

XIV

Es una villa de cerca de ocho mil habitantes; tranquila, monótona, que no se conmueve sino en época de cosechas, y que debe á su situación topográfica, y el estar entre el cruce de los caminos que conducen á Oaxaca, Orizaba y Puebla, su mayor importancia como centro industrial de los productos que bajan los indígenas de las sierras vecinas.

La fama de sus aguas termales; lo templado y benigno de su clima y lo agradable de su temperatura en los principales meses del año, hacen de esta villa un centro veraniego, muy apetecible para los que andan escasos de salud y sobrados de pesetas.

El boticario del lugar—metido en ra-

ces griegas y latinas—la llamó pomposamente «Hidroconia», con lo que acreditaba sus estudios de filología y ponderaba la bondad de las aguas minerales y la templanza del clima de la villa; pero los vecinos, refractarios á griegos y latines, comenzaron, sugestionados por la erudición del boticario, á llamarla «Hidroconia»; siguieron por reducir el nombre á «Hiconia» y acabaron por mandar al olvido el neologismo para conformarse con denominarla «Villa de las Granadas», mondo y lirondo y sin relumbrones de griego ni honduras de latines, por ser nombre llano y designación verdadera y gráfica, á causa de que en tal terreno se producen excelentes y rojas granadas.

«Villa de las Granadas» es seco, de suelo polvoso y calcáreo; cuando sopla el viento que viene del rumbo de «Esperanza»,—estación á algunos kilómetros de la Villa—el polvo se levanta en torbellinos, en espirales; ciega á los tran-

seuntes, les ensucia las ropas y les irrita la garganta; sube á las nubes y entolda el cielo; baja al ras del suelo, ondula, humea y se desparrama para entrarse por todos los intersticios de las ventanas y todas las rendijas de las puertas, obligando con tal invasión á cerrarse á piedra y lodo á los pacientes vecinos que habitan del lado de donde viene el viento; de esta forma la ventolera, resulta de perlas para los limpia-botas, que hacen su agosto en pleno marzo, y para las lavanderas, que ganan buen dinero; pero es obstáculo para que salgan á menudo, por calles y plazas, las mujeres, que en saliendo cuando impera el viento, se empolvan el palmito, dejan al descubierto por alguna ráfaga indiscreta la torneada pantorrilla, y allí del haldear y hacer aspavientos y sonrojarse el rostro y meterse á casa para volverse retraídas y ventaneras tras de cortinas

Quitando á Villa de las Granadas la

industria de los tejidos de palma; las aguas minerales y las vías de comunicación que tiene, quedaría reducida á un villorrio insignificante, sin casino para los forasteros, ni teatro para las pipirijainas que vienen de vez en cuando á dar espectáculos de *género chico*—que se dice ahora—ni *zócalo* para la charanga que toca en él jueves y domingos; entonces sólo prosperaría el Alcalde, el Jefe Político, los Jueces de Letras, el Recaudador de Contribuciones, el Cura, el Notario y un par de abogados de poco más ó menos.

En esta Villa vive dedicado al comercio Don Javier Infanzón Illescas, de apellido ilustre; hidalgo viejo, muy metido en sus costumbres; un español chapado á la antigua, de los de economía en el bolsillo, resolución en los negocios y madurez en las combinaciones mercantiles.

Tiene un sobrino, taimado y experto en eso de comprar á dos para vender á

diez, que á fuerza de constancia, eficacia y celo se ha ganado la voluntad de su tío.

Al presente, el buen sobrino es socio apoderado de la casa que gira bajo la razón social de «Infanzón Illescas y Compañía,» acreditada en todo el comercio de la República Mexicana.

Don Javier es católico por los cuatro costados: comulga cada y cuando lo ha menester, y entre sorbo y sorbo de chocolate, con el cual regala al cura la mayor parte de las mañanas después de la misa, confiesa al pastor de almas sus pecados, lejos del tribunal de la penitencia.

El cura lo absuelve siempre con estas palabras: «Esas son mentirijillas que á nadie perjudican y que corren válidas por el mundo . . . Los comerciantes hacen de ellas una necesidad para salir airosos en sus empresas mercantiles . . . ¡No creo que sea pecado! . . .»

Y acaba con el chocolate y se va á

su curato, dejando, al parecer, tranquilo al meticoloso de Don Javier.

Pero una vez que se quedaba solo, Illescas se reconcentraba en sí mismo, como si un pensamiento fijo devanara un ovillo dentro de su cabeza y tejiera y tejiera, enmarañando en la malla la idea que nunca podía salir á los labios para confesarla ingenuamente al cura.

Después se marchaba al escritorio, donde estaba el sobrino desde muy temprano, en compañía de dos dependientes y de un zagalón que hacía méritos para alcanzar sueldo, ocupados todos en las labores de comercio.

El zagalón ya había cambiado el día y el santo del almanaque colgado en la pared; la fecha del sello de goma, y, para cumplimiento de sus tempranas tareas, se ocupaba en foliar el copiador de cartas; uno de los dependientes contaba un montón de décimos de plata arrastrándolos por sobre la tabla con el índice de la derecha y aparándolos en

la ahuecada palma de la izquierda al caer por el borde de la mesa; el otro, sentado en altísimo banco, con los pies recogidos en el último travesaño, se encorvaba por encima de la carpeta y anotaba las operaciones del día, para en seguida pasarlas al «Diario» que, grueso de volumen y manoseado por el uso, se reclinaba en un fuerte atril á la derecha de la descomunal carpeta; opuesto al «Diario» estaba el «Mayor» cerrado sobre otro atril, esperando la vez en que el tenedor fuera á hacer los cargos y descargos en los respectivos «Debe» y «Haber» de cada cuenta; el sobrino se enteraba de la correspondencia; tomaba las cartas, las desenfundaba de sus sobres, las doblaba á lo largo y escribía á la cabeza del dorso de ellas la fecha y lugar de su procedencia, el nombre del corresponsal y el día en que fueron recibidas, amén de una C mayúscula, al lado de la cual se pondría la data de la contestación.

El escritorio—que los vecinos llama-

ban pomposamente despacho—tenía dos departamentos: uno para las labores propiamente de pluma, y otro, limitado por una tosca reja de madera, para contener sacos, fardos, tercios, pilones de azúcar, montones de sombreros de palma, puestas unos sobre de otros en forma cónica; este lugar participaba de las particularidades de bodega y de almacén; de él salía penetrante y acre el olor á ajo, mitigado por el suave y persistente del anís, revuelto con el picante del chile seco, el selvático de la palma recién cortada y el místico de la cera que trascendía de los sombreros *entretelados*.

Del techo colgaban multitud de telarañas, ennegrecidas, arracimadas de moscas y otros bichos, que encontraban seguro resguardo y apetecido sitio en el polvo y la suciedad de aquellos aditamentos que pendían de arriba; sobre aquellas telarañas se depositaba el polvo de muchos años, porque Don Javier, supersticioso como gitano, decía que las

tales telarañas traían la fortuna, así como las herraduras claveteadas en el interior de las puertas y los «pasos de salomón» pintados detrás de ellas, retenían y aumentaban la suerte; y como la fortuna en los negocios de «Infanzón Illescas y Compañía» aumentaba año con año, se creía en el sortilegio de que la riqueza entraba allí por arte de birlibirloque y no por sus pasos contados.

En el piso, seco y polvoso, se veían desperdigados fragmentos de papel y pedazos de sobres rotulados de cartas que se recibieron por el correo del día, en copiosa tendalera; al final de tres carpetas, en orden de sucesión, estaba la caja de fierro, siempre repleta de dinero; frente á la caja, una mesa, y junto á la mesa, la prensa para copiar cartas; en la mesa operaba el zagalón en el trabajo de copiar las cartas, y como en ella se iban poniendo saquitos con muestras de arroz, frijol, sal, maíz, harina, etc., etc., sucedía á veces que no quedaba es-

pacio para contener el libro copiador y humedecerle las hojas para meterlo á la prensa; pero el muchacho no se contrariaba por este inconveniente, sino que amontonaba la balumba de envoltorios en un extremo y brocha en mano se daba á la tarea de empapar el papel de agua, colocar sobre él un grueso secante, introducir el librejo en la prensa y darle vueltas y vueltas con fuerza al tornillo que chirriaba menudamente.

En el lugar que libre quedaba de los pocos muebles arriba enumerados, estaban unas cuantas sillas—las más desvenecijadas—puestas en fila, como necesario asiento para los corredores, cobradores y vendedores que venían á la casa con algún negocio; entre las sillas y las carpetas antidiluvianas se paseaba Infanzón Illescas con las manos cruzadas á la espalda, la cabeza baja y el continente reposado.

De pronto interrumpió sus pasos y le preguntó á su sobrino:

—¿No has recibido noticias de mi asunto?

—No, tío. Precisamente esta mañana se recibieron dos cartas de ese rumbo y no dan ningún indicio.

—«¿Es muy particular, es muy particular!»—murmuraba Don Javier, y después, dirigiéndose á su sobrino, dijo: «¿Está bien! Esperaremos las otras... ¿cuándo llegarán?»

No contestó el sobrino y siguió garrapeando sobre el papel el texto de una larga carta.

El tío prosiguió sus paseos por un momento interrumpidos.

Mientras escribía Sátrapa—que así se apellidaba el sobrino—pensaba: «Mi tío ha dado en la manía, desde que es rico de tener hijos; y ya que no los ha habido dentro ni fuera de matrimonio, quiere inventarlos. ¡Singular manía!... ¡Estúpida chochez!... ¡De seguro que no adquirirá privilegio exclusivo por tal invento!... Otros, en igual caso, mal-

dicen de hijos y parentelas, y á mi buen señor se le ha metido entre ceja y ceja que ha de tener un hijo por ahí... ¡Que le echen un galgo!... porque lo que es yo... Tal vez creerá que ha nacido como las yerbas y los renacuajos... Y aunque no fuera así. Soy tan topo, tan imbécil, que me deje suplantar por otro que venga con sus manos muy lavadas, el intruso, á terminar la comedia en drama, cayendo en los brazos del tío; y éste, ofuscado por el delirio de encontrar un hijo en cada hijo de vecino, le reconoce y le nombra heredero universal de todos sus bienes, y yo, que hace quince años trabajo en esta casa, que he ayudado al Señor Don Javier Infanzón Illescas á formar el capitalazo que tiene, yo... ¡á la calle! Así como un perro que ha roído el último hueso... ¡Nunca!

—¿Con qué cuándo llegarán esas cartas?—volvió á preguntar el tío al sobrino, suspendiendo de pronto sus paseos.

BIBLIOTECA U. A. N. U.

Sátrapa cortó sus cavilaciones; púsose la pluma en la oreja; hizo girar el asiento en que estaba empujándose con los pies; quedó al cabo del rápido movimiento frente por frente de su tío, y le respondió con sumiso tono: «Tío: vd. ha visto que se han hecho todas las gestiones del caso para dar con ese hijo imaginario que dice tiene vd. por ahí... y del cual no se sabe muerto ni vivo... Avisos en los periódicos; preguntas á los curatos; indagaciones con los amigos; encargos y súplicas á nuestros correspondientes... y el hijo pródigo no parece por ninguna parte.»

«¡Esto es más que manía!—exclamó con enojo.—Nuestros correspondientes así lo entienden, al extremo que cuando volvemos á tocarles tal punto ni contestan siquiera.» «Yo creo (salvo el buen parecer de vd.), que debemos suprimir en lo sucesivo esa incesante pregunta, impertinente y obsecada;—proseguía en el tono más persuasivo—dejar las pesqui-

sas; abandonar las indagaciones; que si el hijo vive; si no es un ingrato, ha de procurar saber de su padre... Y el mismo derecho que tiene vd. para procurarle, á él le sobra para inquirir de vd... ¿no le parece?...

Y Sátrapa volviéndole las espaldas se metió de lleno en la escritura de otra carta, poniendo con letra firme, después de la fecha y la dirección que tenía comenzadas:

«Acuso á vdes. recibo de su grata 10 del presente que nos trajo su factura núm. 6789, por:...» Y siguió por este tenor la carta que le tocaba en turno contestar.

Infanzón Illescas, muy contrariado por la resistencia de su sobrino, salió del escritorio sin despedirse; Sátrapa, entre párrafo y párrafo de su correspondencia, pensaba:

«Hay que imponerse; ser inflexible y hasta duro para quitarle al tío de la cabeza tan estúpida manía... ¡Un hijo!..

¡Un hijo! . . . ¡Y ahora que estoy en vi-
peras de ser heredero de la fortuna de
mi tío! . . . ¡Ahora que el Sr. Javier In-
fanzón Illescas tiene sus días contados!
¡Nunca! . . . ¡Nunca! . . .

—¡A ver, Rivalta,—dijo dirigiéndose
al tenedor de libros—¿cuál es el saldo
de la cuenta de Quintana y Cía.?

El tenedor tomó un índice, con las le-
tras del abecedario estropeadas por el
repetido consultar; buscó el folio de la
cuenta de Quintana; hojeó el «Mayor»
hasta dar con el 124; tomó las sumas del
«Debe» y el «Haber» de la cuenta en
cuestión, y al término de rápida resta,
exclamó:

—\$364.78 á su cargo!

—\$364.78, dice? . . .

—¡Sí, señor!

—¿Desde cuándo no remite fondos? . . .

Otra consulta al «Mayor.»

—Su última remesa fué el 15 de agos-
to de 1881.

—¡Hoy estamos á quince de abril de

1883! . . . ¡Hace un año ocho meses!

—¡Hay que girarle hoy mismo cargán-
dole los intereses vencidos hasta la fe-
cha y con orden de protesto!

—¡Como Ud. ordenel—y el tenedor
continuó su trabajo.

—¡Muchacho!

—¡Señor!

—Ya sabes: cualquier carta que ven-
ga dirigida á mi tío, y no á «Infanzón
Illescas y Compañía,» ¡me la das á mí! . . .
¡Cuidado con una torpeza de las que
acostumbras! porque para el mes entran-
te no te asigno el sueldo convenido, ¿en-
tienes?

—¡Sí, señor!

«¡Ahora que me vengan con hijitos y
repollos!—siguió murmurando Sátrapa.

—Tengo tomadas todas mis precau-
ciones y primero dejó de ser quien soy que
el hijo de . . . mi tío parezca . . . si es
que vive por esos mundos de Dios! . . .
Se me da que el tal hijo está siete sitios
bajo de tierra desde hace años . . .»

Más tranquilo Sátrapa con este convencimiento que se imponía para sosegar su inquietud, contestó veinte cartas, revisó varios apuntes y terminó por producir una cuenta de venta de café, en cuya operación se ganaban no pocos miles de pesos

Infanzón Illescas seguía con la misma y tenaz alucinación: su hijo vivía; era el pecado más gordo de su vida; muchas veces tuvo intenciones de confesarlo al cura; pero la esperanza de reparar el mal antes de confesar su falta, le retenía en su resolución cristiana

Mañana; pasado será; y se sucedían semanas, meses y aun años, y no satisfacía su deseo de reparación ni confesaba su falta Se dió tanto á meditar en este asunto, que perdió el apetito juntamente con el sueño; enfermó del estómago y enflaqueció hasta quedarse en los puros huesos.

Los que no estaban en el secreto, atribuían la extenuación de Don Javier á la

pérdida de algún nogocio; otros á la desmedida avaricia que lo mataba, y no pocos á mala alimentación por un exceso de economía.

Nadie daba en lo cierto.

Nadie sabía—aparte de Sátrapa y los dependientes de la casa—que lo que desvelaba é inquietaba al buen señor era la duda acerca de la existencia de aquel hijo que su sobrino llamaba ingrato.

«Señor Infanzón—le decía el cura—no se profundice Ud. mucho en los negocios; es bueno atesorar, pero no es bueno gastar la salud por hacerlo ¿eso sí que es pecado! ¡Con lo que Ud. posee hay para vivir desahogadamente más años que los de Matusalén y Moisés juntos que cuentan los libros santos duraron miles de años . . . ! ¡Confórmese Ud. con lo que tiene!»

Y el pobre viejo, al sentirse batido por ese lado, estuvo á punto de confesar aquel pecado que le consumía, que llevaba dentro como un monstruo insacia-

ble que le roía las entrañas, le chupaba la sangre, le exprimía el cerebro y le enflaquecía las carnes . . . Pero se rehizo al pensar que pronto quizás, en presencia del hijo ausente, se rehabilitaría los ojos del prudente sacerdote.

Sátrapa también, entre consejo y regaño, iba ganando mayor soberanía sobre la voluntad de su tío; lo mandaba como á un chiquillo, y aprovechaba la debilidad del buen viejo, que cada día estaba más estragado del estómago y más débil del cerebro.

—Por fin, tío, ¿todavía no abandona su tema? . . . ¿Aún persiste Ud. en regalarme con un primo, nacido quién sabe dónde y venido á su recuerdo quién sabe cuándo? . . . ¡Déjese de niñadas; abandone esas cavilaciones y atienda derechamente los negocios! . . . Este año por sus distracciones no hipotecamos la finca del boticario; operación que nos hubiera dejado una redonda ganancia, sin contar con que la finca quedaría

en nuestras manos; por estarse con jere miadas, no me resolvió el asunto de la azúcar en tiempo oportuno, y hemos perdido la ocasión de comprar á bajo precio antes de terminarse la zafra con sólo haber adelantado metálico, teniendo ahora que conformarnos con el precio corriente de plaza . . . Y todo, ¿por qué? . . . Por ese pensamiento que le va á secar los sesos y á dar con sus huesos en el cementerio . . .

—¡Déjame! ¡Déjame!—exclamaba Infanzón Illescas, manoteando y cerrando los ojos, como si entre él y su sobrino se interpusiera una sombra que en la obscuridad de su cerebro enfermo tomaba las formas rígidas de una mujer moratajada que pedía justicia é increpaba con el amenazante índice.

Y el sobrino lo dejaba solo para que más á su sabor aquel pobre viejo se intrincara en el laberinto de sus vivos y palpitantes recuerdos.

Venía la noche, y en vez de encontrar en ella el reposo que da vigor al cuerpo y tranquilidad al espíritu, le brindaba a Infanzón con pesadillas horribles en medio de prolongados insomnios . . . Y entre duerme-vela, tan luego veía á su hijo amenazado por terribles enemigos que acechaban su paso para matarle, como en seguida escuchaba un lamento, un lamento de mujer adolorida, que gemía, lloraba y aclamaba, sueltos los cabellos, descalzos los pies, corriendo por entre zarzales que le rasgaban las ropas y le sangraban las carnes, perseguida por jauría famélica y gritando con desesperación que partía el alma: «¡Infame, qué has hecho de mi hijo! . . .!» Otras veces las llamas incendiaban el campo y acababan con los plantíos; el cajero huía con todos los fondos; los deudores caían en bancarrota; quedaba en la miseria más espantosa el acaudalado Don Javier Infanzón Illescas; entonces, pobre, andrajoso y solo, hallaba al paso de su des-

gracia el hijo que le decía: «¡Aquí me tienes, padre! ¿qué me quieres? . . .!» «¡Oh, en qué momentos llegas, cuando todo ha concluído; cuando quedo más pobre que tú . . . porque soy viejo; porque estoy enfermo! . . . ¡Dame una limosna de tu vida joven, de tu robustez plena, de tu salud potente . . . y verás cómo reconstruyo la casa de Infanzón Illescas y Compañía! . . . ¡Pero no, no: este es castigo del cielo! . . . ¡No quiero creerlo! . . . Pero lo veo, lo palpo, lo toco con mis manos débiles, lo lloro con mis ojos arrasados . . . Aquí están las lágrimas que mojan mis mejillas . . . escucho los sollozos que anudan mi garganta . . . ¡Sí, es verdad, Dios mío! . . . ¡Es mi condenación! ¡Es mi martirio! ¡Es mi castigo!

Y despertaba sudoroso y fatigado el mísero viejo; le latían las sienas; le dolían los huesos y la vista se le nublaba por las lágrimas . . .

Amanecía. Se disipaban las sombras

pavorosas de una noche de insomnio; de la noche poblada de visiones terroríficas, de voces queridas y de quejidos lastimeros; la noche insondable de la pesadilla en que se recrudecen y multiplican los dolores del infortunio; la noche, en la cual el crimen tiende sus redes; la noche silenciosa, en que el bandido acecha para caer sobre su presa; la noche temida, en la cual Infanzón Illescas encontraba el remordimiento: ¡la realidad hecha tormento, hecha acusación, hecha castigo!

Amanecía. La luz crepuscular reía en el aire puro; se escuchaba fuera el trágico de los madrugadores; el canto del gallo vecino y el abrir de puertas y ventanas que anunciaban dentro del pueblo el comienzo de un nuevo día; Illescas se levantaba del lecho, cadavérico, temeroso, con los párpados inflamados, encarnizados los ojos, signos que manifestaban que Don Javier había pasado la noche en vela; y se santiguaba y re-

zaba fervientemente, buscando en las oraciones matinales el consuelo para su pena.

«¡De hoy no pasará, Dios mío! . . . Hoy confieso al padre la enormidad de mi crimen . . . ¡Sí, ya no puedo con este remordimiento que llevo encima! . . .»

Y entró al comedor á esperar al cura, que no faltaría á tomar el acostumbrado chocolate á la mesa de Infanzón Illescas, siempre servida para el párroco.

A la hora de costumbre llegó el señor cura; saludó afectuosamente á Illescas, y después de los cumplidos de cortesía, como mirara el rostro demacrado del viejo, se hizo cruces del hondo estrago causado en aquella noche por el insomnio.

—¿Qué le pasa, mi amigo, qué le pasa? Esa no es cara de todos los días, esa no es cara de buenos amigos, esa es cara de herejía . . . ¡Jesús, María y José! Y el gesto que pone mi Sr. Illescas! . . . ¿Algún otro descalabro? . . . ¡Algún mal

negocios! . . . ¡Oh, los negocios, los negocios! Por eso estoy muy conforme con mi pobreza evangélica, que Dios y mis feligreses remedian! . . . ¿Para qué ser rico? . . . ¿Para qué atesorar sin cuenta ni medida? . . . ¿Para caer en estos extremos, Sr. Illescas? . . . ¿Para sufrir como los condenados? . . .

(Aquí el viejo dobló la cabeza sobre el pecho.)

—Ahora—prosiguió el cura—dígame Ud. qué el tener dinero no daña?

—«No; si no es eso, señor cura, si no es eso!»

—«Pues entonces, cristiano del Señor, ¿qué es? . . . Usted siempre niega lo que salta á la vista; lo que no puede ocultarse á la perspicacia de un hombre que está siempre frente á frente de los pecadores empedernidos, de los impenitentes tentados . . . ¡Nada, amigo mío, la avaricia es un pecado muy grande! . . . Recuerde Ud. la parábola de «El Rico Avariento» de Lázaro el mendigo,» contenida en

capítulo XVI del Evangelio de San Lucas. . . . «Multi sunt vocati; pauci vero electi».

—¡No, padre, no! Créame Ud.; á fe de buen católico como soy, que el pecado que Ud. lechó sobre mi conciencia no es ese precisamente.

—«¿Pues, cuál es?» —preguntó el cura sacando á pulso un bizecho remojado en la honda taza de chocolate, fijos los ojos, agrandados por el cristal de los espejuelos, para esperar la consiguiente respuesta.

—¡Es algo más grave! . . .

—«¡Buenos días, señor cura; buenos días, tío! . . .

Pida Ud. permiso para retirarse, y Ud. —dijo dirigiéndose al párroco—me lo dará á mí para hacer lo mismo; pues en el escritorio nos espera un forastero, que llegó ayer, para arreglar ciertos asuntos pendientes de resolución y que hemos de dejar terminados de común acuerdo esta misma mañana. . . .»

—«No tienen Udes. que pedirme permiso, están en su casa y...

—Y Ud. en la suya, señor cura...

—Gracias, señor Sátrapas...

Y después de un saludo ceremonioso salieron tío y sobrino cogidos del brazo dejando al señor Cura con la curiosidad de saber—¡al fin humano!—qué sería eso más grave que atormentaba al bueno y religioso señor don Javier Infanzón Illescas.



XV

RUMUALDA, sabes quién se casa?...

—¿Quién?...

—Pue náa meno que Micáila...

—¡Micáila!!

—¡La misma! En misa después del Evangelio lo dijo más serióte el señor cura dende el púlpeto: «Desea contraer matrimonio con la señorita Micáila Ordoñez...» asina como te igo, Rumualda!...

—¿Qué barbaridá! ¿Quién lo dijiera!... ¡Si paece mentira!...

—¿Y con quién se va á ahorcar* esa endina?

—Con Chencho, Chencho Lope, el hombre má sinvergüenzo y arrastráo que ha parío madre... ¿No lo conocej?... ¡Jaste ora de las nuevas! Ese perdu-